

# Hacia una política de conciliación cultural y social frente a la lógica Comunitarista: (una crítica al multiculturalismo)

Por Iñaki Vázquez Larrea<sup>1</sup>

*“La democracia no puede afirmarse contra la tradición, debe incorporarla reinterpretándola, o sea violando la jaula comunitaria holística dentro de la cual intentan encerrar las tradiciones culturales<sup>2</sup>”.*

*“Necesitamos una nueva variedad de política, una política que no contemple la afirmación étnica, religiosa, racial, como un gesto irracional, arcaico y congénito, que ha de ser suprimido o trascendido, una locura menospreciada o una oscuridad ignorada, sino que, ante cualquier otro problema social, digamos la desigualdad o el abuso de poder, lo vea como una realidad que ha de ser abordada, tratada de algún modo, modulada, en fin, acordada<sup>3</sup>”*

Hasta finales del siglo XVIII la noción de cultura era vista como una propiedad universal de la vida humana, en contraposición a la existencia animal. Por *cultura*, se entendían todas aquellas técnicas, costumbres, tradiciones y tecnologías que guiaban al ser humano por la senda historicista del progreso y la razón ilustrada, frente a diversos status civilitorios de barbarie. *Sociedades con cultura* eran aquellas que fundamentaban su existencia en el consenso.

A lo largo del siglo XIX, surge el denominado *configuracionismo cultural*. Influenciado por Herder, Von Humboldt y los neokantianos, dicho configuracionismo alimentó el mito de los *caracteres nacionales* (un pueblo, una cultura o *Volkgeist*), el mito antropológico del *primitivo* o *buen salvaje* y el retorno obsesivo al *Walhala* de una edad dorada no corrompida, como forma de redimir los pecados de la Civilización Occidental.

---

<sup>1</sup> Profesor titular de Sociología en la Universidad Autónoma de Tamaulipas (México).

<sup>2</sup> Alain Touraine, *Igualdad y Diversidad (las nuevas tareas de la democracia)*, FCE, 1998, México, p. 89.

<sup>3</sup> Clifford Geertz, *Reflexiones antropológicas sobre problemas filosóficos*, Paidós, 2002, Barcelona, p. 242.

Los teóricos del multiculturalismo observan en la reciente emergencia de particularismos de posguerra fría, un acomodo a una noción de cultura que, por lo demás, parte de un determinismo culturalista herderiano decimonónico. Kymlicka entiende que la cultura ha de ser definida "en términos de la existencia de una comunidad de individuos que participan de una herencia compartida, lengua e historia". El individuo se encuentra irremediabilmente ligado a comunidades narrativas, tal y como diría Paul Ricoeur, determinadas por la raza, la lengua y la historia.

Dicha tipología cultural, parte, por lo tanto, de una *unidad de cultura* sobre un *único nosotros, mexicanos, irlandeses, o vascos*, que no confronta la propia diversidad cultural de las mismas sociedades en las que aplica tal tipología cultural. Estipula, por lo tanto, modelos societales de yuxtaposición comunitarista sobre la base de un homogenismo cultural, que niega la propia diversidad cultural que argumenta defender. Resulta además, cuestionable, que desde una *unidad de cultura*, y desde el *relativismo cultural* más absoluto pueda articularse una *física social*, que tal y como plantea Charles Taylor, pueda llevar *al reconocimiento del otro*<sup>4</sup>.

No obstante, tal y como plantea Alain Touraine, no todas las reivindicaciones particularistas son de la misma índole. No convendría confundir el *No Surrender (no compromiso with Popery)* del DUP de Ian Paisley en Irlanda del Norte, con las reivindicaciones zapatistas en México, ni las reivindicaciones del movimiento katarista boliviano, con la *solución final* nacionalista serbia, *frente a los otros "turcos"* (bosnios).

No toda identidad étnica conlleva necesariamente un proceso de homogeneización cultural o de limpieza étnica. Muy por el contrario, en muchos casos lo que se reivindica es la articulación de nuevas formulas de consenso democrático, sobre el trasfondo de la diversidad cultural, frente al *dictat* de un único *universo racional kantiano* y las crecientes disfuncionalidades sociales producto del proceso globalización.

Sami Nair es de la misma opinión cuando cita el caso del indigenismo Latinoamericano: "*Sería un error considerar que estos movimientos tienen pretensiones secesionistas. En realidad se trata de una profunda demanda de igualdad y de cohesión social, como*

---

<sup>4</sup> Charles Taylor, *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, FCE, 2001, México.

*si el proceso de formación del vínculo social republicano no se hubiese consumado aún en estos países. En un contexto de "apertura" política paralelo a un "cierre" económico/social, los movimientos indígenas se desarrollan conforme aumenta el azote de las estigmatizaciones socioculturales. Sus principales reivindicaciones, de Chile a México, giran en torno al reconocimiento de sus especificidades culturales como vectores de acceso a la ciudadanía, es decir, a la integración social y política nacional.<sup>5</sup>"*

Un Republicanismo que niega el derecho a la alteridad o un liberalismo que concibe la democracia liberal como un *particularismo occidental*, converge con el multiculturalismo radical, en negar la autonomía del sujeto en beneficio de los dictados de la tribu o la razón. Los límites del debate no pueden, por lo tanto, establecerse en torno a una alienación sectaria con liberales y comunitaristas (de hecho, ambos coinciden en defender el derecho a la diferencia) sino sobre los *límites* de las reivindicaciones particularistas y la necesidad de implementar políticas de conciliación cultural y social, de *inclusión y de respeto al otro*.

Shelensinger y Huntington, por ejemplo, son dos representantes de un liberalismo sectario que coincide con el multiculturalismo radical a la hora de dividir a la humanidad en *caracteres nacionales* históricos, exclusivos, y antagónicos. De ambos casos se desprende un lenguaje belicista, por el que la humanidad estaría abocada al Apocalipsis de una guerra tribal (*entre civilizaciones*) a gran escala. Huntington divide a la humanidad en seis *civilizaciones*, (haciendo suyo el historicismo de Toynbee), la China, la Japonesa, la Hindú, la Islámica, Ortodoxa, Occidental y Latinoamericana. Al negar que el particularismo étnico sea esencialmente un constructo histórico, y afirmar, con rotundidad, que la identidad étnica forma parte de la *naturaleza de las personas*, Huntington no duda en repartir atributos a escala *ahistórica y civilitatoria*<sup>6</sup>. De este axioma, no se puede hablar de fundamentalismo islámico chiíta (como fenómeno relativamente reciente) sino de *una civilización islámica esencialmente*

---

<sup>5</sup> Sami Nair, *El Imperio frente a la diversidad del Mundo*, Mondadori, 2003, Barcelona, p.161.

<sup>6</sup> Para Huntington, "*Las guerras entre clanes, tribus grupos étnicos, comunidades religiosas y naciones han predominado en todas las épocas y en todas las civilizaciones porque están enraizadas en las identidades de las personas*". Samuel Huntington, *El Choque de Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Mundial*, Paidós, 1998, México, p. 302.

*violenta*, obsesionada con la *superioridad de su cultura y la inferioridad de su poder*, y necesariamente abocada a una guerra de exterminio con Occidente<sup>7</sup>.

Esta *mascara liberal* sirve para hilvanar un discurso dicotómico profundamente etnocéntrico y xenófobo, en el que un *nosotros moralmente superior* ( Estados Unidos como valedor del pluralismo, la cultura clásica, el derecho romano y toda la tradición judeo cristiana), se enfrenta a *ellos*, publicistas de lo multicultural, minorías secesionistas, inmigrantes y furibundos islamistas, supuestamente, obsesionados con *acabar* con la cultura Occidental. Shelesinger llega al extremo de afirmar que: " *Occidente es la fuente única de las ideas de la libertad individual, democracia política, del Imperio de la ley, los derechos humanos y la libertad cultural...estas son ideas europeas, no asiáticas, ni africanas, ni de Oriente Medio u Oriente Próximo*<sup>8</sup>".

A su vez, la OTAN, según Hungtinton (y de acuerdo con Henry Kissinger), debería reconvertirse en una suerte de *vanguardia político/militar* de las esencias Occidentales, frente a un mundo sumergido en el caos de la fragmentación particularista: " *Una Comunidad Atlántica apoyada en cuatro pilares, se compartida en el imperio de la ley y en la democracia parlamentaria, capitalismo liberal y libre comercio , la común herencia cultural europea procedentes de Grecia y Roma, a través del renacimiento, y que llega hasta los valores, creencias y civilización comunes de nuestro siglo*<sup>9</sup>"

Esta línea de pensamiento prefigura un *Imperialismo cultural* de nuevo cuño, más cercano al evangelismo nacionalista protestante de la administración Bush, o las peores ensoñaciones de Kypling, que a las ideas de Thomas Jefferson, por las que el Nuevo Imperio Corporativo aprovecha en beneficio propio las *desafilaciones sociales* (remitiéndonos al término acuñado por el sociólogo Robert Castel) y las demandas

---

<sup>7</sup> "Mientras el Islam siga siendo Islam (como así será) y Occidente siga siendo Occidente, este conflicto entre dos grandes civilizaciones y formas de vida continuará definiendo sus relaciones, lo mismo que las ha definido en los últimos catorce siglos. El problema subyacente para Occidente no es el fundamentalismo islámico. Es el Islam, una civilización diferente cuya gente está convencida de la superioridad de su cultura y está obsesionada con la inferioridad de su poder". Samuel Hungtinton, *El Choque de las Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Mundial*, Paidós, 1998, México, p. 254.

<sup>8</sup> Schelensiger Arthur, *The Disuniting of America (Reflections on a Multicultural Society)*, Norton, 1998, Nueva York, p. 232.

<sup>9</sup> Samuel Hungtinton, *El Choque de Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Mundial*, Paidós, 1998, México, p. 369

particularistas de las clases más desfavorecidas, que sufren con mayor virulencia el impacto de la creciente *dualización social*, producto del proceso de globalización.

El principal botón de muestra es la reciente invasión, específicamente *bárbara*, de Irak, pero sus antecedentes se encuentran en la creciente *multiculturalización* de la sociedad estadounidense y británica, en donde, desde la década de los sesenta, sucesivas administraciones han apoyado legislaciones *comunitarias*, que delegan a movimientos comunitaristas de raíz autoritaria y homogénica, la gestión social de los *hiperguetos metropolitanos*, como fórmula de *ahorro* en gastos sociales y servicios públicos, o *adelgazamiento* del Estado del Bienestar. Instigando, de esta forma, a las clases más desfavorecidas a una *alteridad comunitarista*, que diluye cualquier base de pertenencia ciudadana común, para irónicamente, posteriormente estigmatizarlos como *criminales* o *comunitaristas*, cuando la rabia de la exclusión del gueto postindustrial, estalla al grito de *Ala es Grande y muerte a Occidente*.

Entre 1968 y 1976 sucesivas administraciones laboristas y Tory británicas aprobaron legislaciones, "El acta de Relaciones Raciales" de 1968 y la "Comisión para la igualdad racial" de 1976, que no sólo *racializaban* el derecho británico e institucionalizaba las *identidades minoritarias*, sino que proporcionaba ingentes privilegios jurídicos y financieros a dirigentes de *minorías* islamistas radicales británicas que, años más tarde, apoyaron la sentencia a muerte dictada por el régimen de Teherán, a Salman Rushdie<sup>10</sup>.

Está dialéctica inherente al *fenómeno multiculturalista* se manifestó claramente en los disturbios de los Ángeles de 1992, donde los abusos policiales sirvieron de argumento para la revuelta de la *barbarie americana*, esto es, la ingente masa de americanos de color abandonados al odio de las bandas, *los cantos de rap* y *de la Nación del Islam*, el subempleo y un sistema educativo público en bancarrota, desde los tiempos de la administración Jhonson, o tal y como afirma Gilles Kepel: " *En los Estados Unidos han ido apareciendo, a partir de mediados de los años 70, nuevas formas de exclusión que han relegado a un número cada vez mayor de negros pobres a "hiperguetos" sin salida, donde viven lo que algunos sociólogos americanos llaman la underclass, cada vez más marginales respecto a la América media.*

---

<sup>10</sup> Gilles Kepel, *Al Oeste de Alá (La penetración del Islam en Occidente)*, Paidós, 1994, Barcelona, p. 145.

*Este fenómeno, complejo, cuya misma descripción es a veces pretexto para estigmatizar a quienes son sus víctimas, es en primer lugar una consecuencia de los cambios en la relación con el trabajo durante la era postindustrial, que hace sentir sus efectos a partir de mediados de los años 70. Es entonces cuando se pasa, en efecto, de una economía industrial- que proporciona numerosos empleos de obreros (o blue-collars), al alcance de los trabajadores de bajo nivel educativo, y permite el acceso a sistemas eficaces de protección social, a la sindicación- a una economía de servicios. Ésta ha reemplazado gran parte de los trabajos obreros por la automatización, o los robots; pero, para acceder a los empleos adecuadamente remunerados y beneficiarse de las protecciones sociales, exige un nivel educativo elevado, fuera del alcance de los jóvenes salidos de las escuelas degradadas de los guetos. Para esos jóvenes la elección se limita, en la mayoría de los casos, a la infinita precariedad de los trabajos basura. Esta juventud, desempleada y "desclasada", "fuera de circulación", ve su exclusión agravada por su concentración espacial en los centros urbanos degradados de donde se han marchado todos los que tenían medios para hacerlo<sup>11</sup>."*

Es la misma lógica contradictoria que subyace en los recientes disturbios en Francia en el año 2005. Una supuesta *igualdad republicana* esconde una oscura realidad de racismo y exclusión en los guetos de Lyon y París. Si la dualización social (¿depredación social?) del proceso globalizador favorece las reivindicaciones particularistas, *el multiculturalismo anglosajón* (modelo que se exporta a Europa) institucionaliza una *alteridad comunitaria* que "inmoviliza" al un sujeto, ya desposeído de su condición de ciudadano con derechos, a favor de una identidad impuesta, étnica o religiosa, que actúa en favor de la presente liberalización económica. El individuo, desvinculado del *contrato social*, dentro del entramado estatal nacional, se convierte en víctima fácil de los fenómenos de "deslocalización", destrucción de servicios públicos, y derechos sociales, o la desregularización/precarización del mercado laboral. El Estado, dentro de este esquema, se reduce a vigía y gestor de la desintegración social comunitarista.

Tal y como afirma Sami Nair: "*La tendencia a la generalización de esta concepción del vínculo social en el sistema-mundo imperial mercantil, que algunos definen como "americanización del mundo", va unida a una mutación cultural decisiva: la desaparición de las identidades sociales colectivas, la pérdida de la idea de futuro*

---

<sup>11</sup> Gilles Kepel, *Al Oeste de Alá (La penetración del Islam en Occidente)*, Paidós, 1994, Barcelona, p. 78-79.

*como creación solidaria de colectividades. Reducido a la soledad individual, despojado de su condición de ciudadano, inmovilizado en su "origen", disociado del resto de la humanidad debido a su insuperable diferencia, el individuo se ve destinado a tener una identidad impuesta desde el exterior. Las ideologías dominantes en el sistema cultural europeo de los siglos XIX y XX eran visiones de mundo, de las pertenencias sociales y/o filosóficas. La identidad social, transindividual, elaborada a través de las luchas de los movimientos sociales a lo largo de los siglos, era una respuesta a los procesos de individualización y de atomización de los sujetos sociales que conoció su mejor expresión en Europa. Por el contrario, en un periodo de desestructuración de las clases sociales, la ideología dominante del nuevo sistema-mundo imperial tiende a regresar a la simple determinación del Homo economicus.*

*Esta dialéctica de reducción de lo social a lo individual conduce a jerarquizar los estatutos sociales en función de unas diferencias insuperables. La globalización de este vínculo social se afirma como un vasto movimiento de regresión cultural para unas capas condenadas hoy a definirse por su "esencia" y no por sus intereses sociales. Este modelo de vínculo social se opone estructuralmente a toda forma de universalidad social. Incluso es su antídoto. El acceso a la colectividad se realiza a través de un repliegue sobre la pertenencia a la etnia, a la confesión, concebidas como la esencia del ser. Esta espiritualización de la pertenencia de origen disuelve las comunidades de intereses sociales a favor de unas identidades esencialistas "no negociables". Se trata de un modelo que tiende a generalizarse en el continente europeo. Al menos en este sentido, no es erróneo afirmar que, en el fondo, la globalización es también la "americanización" del mundo<sup>12</sup>.*

El pluralismo cultural, por lo tanto, no es el problema. Pero un pluralismo cultural sin comunidad ciudadana de base, sin valores fundamentales verdaderamente compartidos, es una *guerra de todos contra todos*. El particularismo Occidental de nuevo cuño y el relativismo moral/cultural del multiculturalismo, condena a amplias capas de la sociedad a encerrarse en *sus culturas de alteridad frente al otro* o a la exclusión social del *hipergueto* de la sociedad postindustrial globalizada.

---

<sup>12</sup> Sami Nair, *El Imperio frente a la diversidad del mundo*, Mondadori, 2003, Barcelona, p. 266.

Se precisa por lo tanto de la articulación de políticas de *conciliación* social y cultural, sobre la base de un fundamento moral y cultural compartido. La argumentación dialógica racional habermasiana, sobre la base de los valores ilustrados, ofrece un gran potencial de dialogo intercultural y *de inclusión del otro*. Esto es, la autonomía del sujeto frente a costumbres y creencias, la libertad individual, la justicia social, el derecho a la diferencia, y el respeto a los derechos humanos, constituirían los *mimbres* de un Orden Cosmopolita, *ciudadano mundo*, comúnmente compartido. Un nuevo orden *ciudadano mundo* en el que el Derecho Internacional y las instituciones supranacionales propondrían las *reglas comunes* que *trascendiesen* (que no negasen) los particularismos y pusieran *límite* al riesgo sofocante de la limpieza étnica, la exclusión social y la homogeneización cultural.

**BIBLIOGRAFÍA:**

Berlin, Isaiah, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza editorial, 1998.

Borradori, Giovanna, *La filosofía en una época de Terror (Diálogos con Jurgen Habermas y Jacques Derrida)*, Madrid, Taurus, 2003.

Geertz, Clifford, *Reflexiones antropológicas sobre problemas filosóficos*, Barcelona, Paidós, 2002.

Habermas, Jurgen, *Identidades nacionales y postnacionales*, Madrid, Tecnos, 1997.

Hungtinton, Samuel, *El Choque de las Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Mundial*, México, Paidós, 1998.

Ignatieff, Michael, *The Warrior's Honor (Ethnic war and the Modern Conscience)*, London, Chatto and Windus, 1998.

Kepel, Gilles, *Al Oeste de Alá (La Penetración del Islam en Occidente)*, Barcelona, Paidós, 1994.

Kylimcka, Will, *Ciudadanía Multicultural*, Barcelona, Paidós, 1996.

Nair, Samir, *El Imperio frente a la diversidad*, Barcelona, Mondadori, 2003.

Nair, Samir, *Guerra de Identidades en Londres*, El País, jueves 21 de julio 2005.

O'Leary, Brendan, *The Politics of Antagonism (Understanding Northern Ireland)*, London, The Athlone Press, London, 1996.

Rawls, *El Liberalismo Politico*, Barcelona, Crítica, 1993.

Schelensiger, Arthur, *The Disuniting of America (Reflections on a Multicultural Society)*, Nueva York, Norton, 1998.

Taylor, Charles, *El Multiculturalismo y la política del reconocimiento*, México, FCE, 2001.

Touraine, Alain, *Igualdad y Diversidad (Las Nuevas Tareas de la Democracia)*, México, FCE, 1998.

Touraine, Alain, *¿Podremos Vivir Juntos?*, México, FCE, 2000.